

Título de la obra: *ALLA PRIMA*

Pseudónimo: Miel Psicodélica

Pintaba las fincas, en la región española de Extremadura. Los campesinos, con el puño en alto, se veían a la distancia como en un óleo. Independientemente de la perspectiva del observador, se advertía la memoria en la técnica *alla prima* de la hoz. Ahí estaba, presente, en la trilla del cereal, en los caminos y en la zona latifundista.

Mientras pintaba, me acordé de los del 25 de marzo, como si fuera una epifanía.

Las abejas, frescas, recorrían las cerezas del Valle del Jerte y, una de ellas, se escondió tras las flores recién perfiladas. La naturaleza “cósmica” era profundizada con maestría como si fuera una rebelión más de la tierra. Aquella imagen era mi alma que, con las manos propias del segador, en cada pincelada, semejava una huelga que alborotaba la soledad de mi taller. El color y la textura le daban otras dimensiones a mi retiro porque, era verdad, hacía tiempo que había decidido aislarme para dar por finalizada mi obra. Temí que, una vez concluido, aquel paisaje se llevara todo el aprendizaje de mis años de lucha.

Amaba pintar las fincas de Extremadura, sentía que me hacían compañía en mi noble oscuridad. Cada minuto a solas con el arte me iluminaba el espíritu: los trazos de aquella hoz, que se había vuelto pincel, me mostraban una nueva elección de libertad y de justicia. Seguramente, me hubiera vuelto loco, pero la vida, desde que decidí simplemente ser feliz, siempre había venido a salvarme del delirio.

—Yo quiero ser pintor. Quiero dedicarme al arte—confesé, la última vez que vi a mi familia antes de seguir un sueño, tal vez, inmerecido; cuando me dispuse a escuchar esos latidos, inciertos, de la belleza.

Aquella decisión convertiría la existencia en un eterno palimpsesto, en donde no me importaban el dinero ni los lujos, aunque la sociedad insistiera en ellos.

Las pinceladas fueron guiándome hasta un momento de iluminación, de secreto alivio sobrestimulado por la ocupación pacífica. Pinté la huelga agraria, atrás de mi tan amado campo sembrado y me detuve un segundo incalculable, con el puño en alto suspendido en el aura inmóvil: contemplé el lienzo terminado y viviente donde trabajaba el yuntero. Suspiré y abrí las ventanas del estudio con la intensidad de presentarle mi

creación al perfume de jara, a los panales y al musgo del roble, para que cada molécula se impregnara en el lienzo.

Parecía que, dentro del cuadro, crecían y florecían los campos sembrados.

No me había dado cuenta de que estaba solo. Hacía ya tiempo que lo había olvidado y por eso prefería pintar los paisajes propios del campesinado que veía, con otros ojos, la añoranza.

Nunca quise pintar la guerra, la campaña, ni la invasión inevitable. Me hacían sentir tan egoísta y vacío, incapaz de germinar.

Fue, cuando desvié la vista del cuadro, que vi la destrucción, el dolor y la masacre de Badajoz, saturados de negro, en otro paisaje más grande en donde yo era el pintado.

La represión y el fusilamiento se me presentaron como un fresco sin terminar: inseguridad, pobreza, corrupción e injusticia, en cada uno de ellos salpicaba el color rojo, en pequeñas gotas, como si fuera sangre.

Por fortuna, siempre podría regresar a resguardarme allí, en mi querido ejército de arados, y volver a pintarme, por capas, que me cubrirían, con mi bandera.